

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

Año 1949 - N.º 35



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

838

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **636**



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LOS TALLERES DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1949



Tomo X
Número 35

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1949

M A Y O - J U N I O

Núm. 35

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Bujiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

S U M A R I O

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

- Celestino López Martínez.—*Homenaje al maestro escultor Martínez Montañés al cumplirse el tricentenario de su muerte* 241
Vicente Romero Muñoz.—*Martínez Montañés y las leyes sociales* 269
Luis J. Pedregal.—*Noticias para la historia de la Hermandad de la Virgen de la Hiniesta* 281

MISCELANEA

- A. H.—*Ante una visita trascendental* 293
Antonio Martín de la Torre.—*Publicación del Código Penal en Sevilla* 297
Pedro de San Ginés.—*El rey Don Sebastián en Cádiz* 299
Rafael Laffón.—*Poesía y Poetas* 303
***.—*Concursos de Bellas Artes de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla* 307

- LIBROS 309
CRÍTICA DE ARTE.—*Música*, por Noberto Almandoz 321
CRÓNICA.—*Octubre, 1944*, por el Cronista Oficial de la Provincia... 327

P O E S I A Y P O E T A S



EL SEVILLANO JUAN RODRÍGUEZ-MATEO

Los años inmediatamente posteriores a la guerra de España, vienen, de una parte, a registrar en la evolución de nuestra lírica una curva cerrada hacia las perfecciones de la forma clásica. Son de aludir aquí los poetas que respiran un aire de intelección esencial, y se ensayan en versos correctísimos, de frías y herméticas cristalizaciones muchas veces —«charadismo» trascendental para el italiano Luigi Fiorentino, director del novísimo movimiento «Ausonia»—; y son, también, aquéllos, más humanos, que templan una estadística impecable en exuberancias y virtuosismos determinantes de un neobarroco muy caracterizado. En otro sector proliferan, en términos que pudiéramos calificar de abrumadores, los contumaces en propugnar el cultivo de un pretendido subconsciente, experiencia vital que busca a tientas las raíces del ser y se manifiesta en automatismos verbales incoercibles. Son los surrealistas, que dicen sondear por estas vías en lo angustioso existencial. Tanto los primeros al operar lúcidamente, con un rigor de arquitectura en cuanto a lo somático, como los segundos, pese a la posición que se atribuyen de inhibidos en una «mediumnidad» de fuerzas oscuras—posición falseada y mera simulación—, aplican un denodado esfuerzo a depurar la obra que crean, sometiéndola a laboriosísima gestación. Afirmámoslo así, rindiendo un tributo a la justicia. Mantienen todos con orgullo—casi fieramente—, la dignidad máxima al producir... Por esto, sin duda, ha escrito D'Ors que hoy día no hay poetas «malos». Y Díaz-Plaja añade corroborando el concepto: «Un rigor constructivo, un aprendizaje sin transigencias, un temor a lo «cursi» se halla en el último soneto del último vate de lugarejos».

Seguramente que esta es una nota común que permite una primera visión unitaria al considerar masivamente la poesía de nuestros últimos años—diez años, veinte años...—; y seguramente que la nota es de muy noble motivación. Pero aún se acusa con mayor vehemencia sos-

tenida, otra nota involucradora del gran ciclo de nuestra producción poética más reciente. Tiene ella su origen en el «grupo», en el proselitismo del «grupo poético», con todas sus consecuencias, en la moda del «grupo». Y esto ya es muy otra cosa. Nada se opone al estímulo que el grupo de poetas significa, cuando se produce sobre un pie de igualdad, se traduce en generosa emulación y su eficiencia no va más allá de fijar un punto de referencia a la historia o, si se quiere, al devenir de las generaciones. Pero el grupo llega hoy a absorberlo todo: visión personal, sensibilidad auténtica, ideales estéticos, técnicas, y hasta autodeterminación social. ¿Grupo? ¿Escuela? No, quien no alcance a salvar su personalidad del mimetismo magistral y la superstición de los santones de los clanes líricos, que no se agrupe. Hemos llegado a trance en que la personalidad poética—y hasta humana—, se disuelve en los grandes, cabalísticos gestos del oficiante del grupo, y una estampilla de taller de artesanía repite y tipifica hasta lo infinito las creaciones débiles y lamentablemente reiteradas. Es lo que ya nos hemos atrevido a llamar era de los «poetas indiferenciados». El fenómeno se presenta revistiendo proporciones de general calamidad, y hace estragos en las más tiernas vocaciones. Los «padres mayores», entre tanto, se entran de rondón por las puertas de la Real Academia Española.

Al lado de este panorama que acaba de bosquejarse, y en zonas estéticas contiguas, otros poetas de proporciones inmediatamente precedentes, acusan su presencia aunque con base insobornablemente personal, contrastados en la experiencia de fórmulas que, si en su día fueron renovadoras, ya se presentan normalizadas y asimiladas al propio estilo. Es una actitud de saludable independencia y, en otro aspecto, un ascetismo que recusa las proclividades de la facilidad, todo ello corriendo parejas con una abierta pasión humana, más o menos en estado latente. Pudiéramos localizar esta tendencia en la actual generación de los poetas de Sevilla—ya en lograda madurez—, que se cifra en unos nombres representativos: Joaquín Romero Murube, Juan Sierra, Juan Rodríguez-Mateo...

A este último queremos hoy referirnos especialmente, con motivo de la publicación de dos libros que vienen a sumarse al catálogo de su ya extensa producción. Qué respirar, ahora, a cielo abierto, en un aire diáfano.

Los títulos de estos dos libros, que han visto la luz pública con pocos meses de intervalo, son: *Poesías Escogidas* y *Las Estaciones*. Quiebro gracioso de las formas, ágil mordente de la expresión, guiñada elegante del esbeltísimo velero de la auténtica poesía popular andaluza. Sí, aquí el sentido de esa «magia» que emana sin base de intelección, de las aproximaciones verbales, al decir de los surrealistas—esa magia de que nos hablan Gueguen y Maritain—, es, con delicado, pero con cierto, lúcido tacto, ejercicio de merecer el inefable hallazgo de la gracia. De perfecta

adecuación nos parece ahora la cita de estas palabras de Juan Ramón Jiménez: «Poesía popular, sí, pero sin acarreo fácil, personalísima: de tradición española, pero sin retorno innecesario; nueva, fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeante: andalucísima».

Encontrar un libro que acuse francamente esa impronta personal de que hablábamos antes, es un motivo de alborozo y saludo. Este es el caso de las *Poesías Escogidas* de Juan Rodríguez-Mateo. Siempre el poeta se nos ha mostrado fiel a una vivacidad popular, íntima e inconfundiblemente suya, acreedora por su genialidad a los homenajes entusiastas. La recapitulación que este bello libro antológico representa, coloca al poeta en un plano de culminación dichosa. Digámoslo sin eufemismos atenuantes, sin regateos, haciendo honor a nuestra honradez de principios y a la pública consagración que al poeta es debida.

El cantor de la Virgen del Rocío, posee un indecible poder de inmersión en la naturaleza. La absorbe con fruición que diríamos casi vegetal. Los zumos más ricos, sus sales últimas, su ritmo elemental de vida, su palpitación, le penetran y le saturan. Ello comunica a su poesía una alacridad vivificante de concreción difícil.

Pero pasemos a otras caracterizaciones específicamente estéticas, más próximas a la zona de los valores de promoción artística, más humanas al mismo tiempo. Juan Rodríguez-Mateo es entre nosotros el poeta que sabe captar la verdad recóndita de la creación emotiva del pueblo—descartando superficialidades y pintoresquismos de baja ley—, y devuelve al pueblo esta verdad en sus poemas. La fuente clara y cantarina en que el poeta bebe es, no hay que insistir, la inspiración folklórica sevillana. Entiéndase bien que este «folklore» ha de tomarse en su más noble y pura acepción. Decir aquí «folklore» es tanto como decir sabiduría popular, en el sentido profundamente originario de la palabra. Por eso la poesía de Rodríguez-Mateo, reivindica para sí toda la fragancia de algo que ha llegado al poeta, íntima e incontaminadamente, y luego toma voz entonada por una fina sensibilidad de enamorado, con un movimiento natural en su apariencia, pero de respiración honda. El eximio Romero Martínez lo alude así: «...lo aéreo, lo inasequible, lo fugaz, quedó prendido en las páginas admirables de su obra...» Y Alejandro Collantes también escribió un buen día de nuestro poeta, añorando «la profundidad de un cante y la universalidad de la poesía...»

Por lo que toca a *Las Estaciones*, el más reciente de los dos libros a que particularmente venimos refiriéndonos, se trata de una colección de bien fraguadas décimas, en número de cincuenta y seis, agrupadas bajo tal evocador título. Una alegoría henchida de sangre efusiva, campesina y ribereña—de ciudad afuera—, el medio vital con que el poeta colmaba diariamente.

Con otra oportunidad hemos escrito: «Día tras día, Rodríguez-Mateo viene y va a través del Aljarafe sevillano, empapándose de luz,

de aromas, de paisaje y de canción. Viaja diariamente hacia su Coria natal donde el poeta sirve un destino burocrático. Hemos puesto «destino burocrático» y, quizás, convendría poner «destino» solamente, absolutamente, con inicial mayúscula o con versales. Porque a buen seguro, el destino servido por Rodríguez-Mateo al comunicarse con ese Aljarafe que está en su vida y en su inspiración como una fuerza indeclinable, es, antes que una función profesional, el encadenamiento a un hado feliz en que se cumple su fortuna de poeta. Rodríguez-Mateo ha escrito sus versos mejores al hilo de ese destino irresistible. Y los versos en que el destino interviene—recordamos la frase de Rilke—, son siempre dignos de prevalecer».

¿Dónde mejor que en *Las Estaciones* desvelará el poeta su oído a esas

"voces que exprime la celeste rueda",

dicho en verso de nuestro Jáuregui?

Limpia poesía lavada de agua y sol, con nostalgia y cadencia muchas veces de lo paremiológico, a donde asoman en deliciosas imágenes populares, los signos de un zodiaco sentimental rondando el corazón.

Rodríguez-Mateo maneja los metros con esa «desafeitada elegancia» de que Fray Luis se hacía lenguas. Sus composiciones en asonantes poseen una soltura y un «angel» de copla que cautivan. A su vez, las estrofas de mayor empeño técnico—los sonetos por ejemplo—, consíguelas el autor de *Cadenas*, con trazo simple, lineal, de inequívoca desnudez y tersura.

RAFAEL LAFFÓN.